CARLOS PELLICER; PRESENTACION Y ANTOLOGIA

MARIA ELENA PENICHE LEGER

La década de los años veinte en México es un tiempo de definición artística. La poesía de Carlos Pellicer, como ninguna otra, cumple esa tarea.

Surgida dentro del Modernismo, sus formas trascienden, por necesidad propia, las características de esta importante corriente literaria. Permanecerán la riqueza verbal, la destreza técnica, la insistencia en la aliteración; sin embargo, los versos no se ajustarán siempre a una métrica rigurosa, ni serán esclavos de rimas asonantes o consonantes, si bien guardan la musicalidad que los distingue de la prosa, poco empleada por Pellicer, aunque magnífica en sus casos.

El buen gusto y el respeto por la poesía que tuvo este poeta que se llamó a sí mismo “un tropical insobornable”, logran el tono amable que nos envuelve desde la primera lectura, y no nos abandona en el camino del deslinde, donde, en cada imagen, lo encontraremos lúcido, cristalino, revelador de lo que admira y ama.

Se trata de una poesía que, hasta en silencio, se lee en voz alta; una poesía en la que, en sus descripciones impresionistas, a veces una pausa vale más que una palabra.

En Pellicer el diálogo con el mundo es inmediato y abierto. No hay solemnidad en los discursos, ni en las odas, ni en las elegías, formas que denotan el escrupuloso cuidado de un lenguaje pleno de vida, con enorme capacidad pictórica, continente plástico de los objetos que se nombran para sentir, conocer, reconocer y apoderarse de lo existente.

Al valerse, en no pocas ocasiones, del soneto, el poeta lo hace con la precisión, la belleza y la calidad de síntesis que los catorce endecasílabos exigen.

La creación poética significó para Carlos Pellicer, en primer término, una actitud ante la vida, con lo que demuestra cómo la juventud no es una enfermedad que se alivia con el tiempo, sino una admirable condición que se adquiere a lo largo de un quehacer digno e intenso.

Pellicer es uno de esos casos en que no podemos separar al poeta del hombre. Aunque escribe poesía “por la misma razón que crecen las plantas o vuelan los pájaros”, en él se dan juntos el poeta, el promotor de cultura y el humanista revolucionario.

Propugnó el entusiasmo y el interés por nuestros auténticos valores, mediante la atención a las culturas prehispánicas, las tradiciones, la religión sin clericalismos, los hechos cívicos, las grandes figuras históricas y, muy especialmente, mediante la atención al paisaje horizonte abierto como recurso de purificación.

Carlos Pellicer realiza una especie de auditoría de la creación. Nos induce a mirar el mundo con ojos renovados; a practicar la verificación de los sentidos.

La lectura de sus versos da la seguridad de percibir olores y sabores; de tener tacto, oído y vista.

Su poesía es trópico, es bosque, árbol que entra en la casa, palomas en vuelo, aire y luz. La luz es en Pellicer un elemento vital; se nutre de luz y la proyecta; incluso a sus nocturnos y a sus poemas-oración, una luz interior los ilumina.

La línea se desliza sin violencia en el trazo de paisajes aéreos, tropicales, marinos o íntimos. Y el color, que abarca todo, no sólo se descubre; también se crea en la “sabiduría de los colores nuevos”, y en el asombro ante una naturaleza prodigiosa que se asimila en devota comunión y se transmuta en cantos de mesurada intensidad.

Carlos Pellicer, como poeta y como hombre, se sabe cierto de lo que siente y dice; por ello no requiere del exceso; por ello asume siempre una actitud de sagrado respeto, trátase de Dios, de una flor, de la muerte, del hermano sol, de la grandeza o la vulnerabilidad del héroe, o bien, de ese “tú y yo” escogiendo caricias en mórbida penumbra que “enlaza nuestros cuerpos”.

Es así como Pellicer se define dentro de la literatura con una poesía religiosa, telúrica, amorosa, de pasión social y de profunda solidaridad; se define con una poesía en la cual, sin estar ausente la angustia, prevalecen la fe, la alegría de vivir, y un humanismo nacionalista en pro de la identidad americana.

JESUS, TE HAS OLVIDADO DE MI AMERICA,

ven a nacer un día sobre estas tierras locas.
¿No basta odiarse tanto? La fe que tú decías
aún no arde su hilo de luz en nuestras bocas.
Es un magno crepúsculo tras un fondo de rocas.
Sobre las fuentes negras crecen las lejanías. . .
Danos una mirada por nuestras melodías.
Enciéndonos los ojos y sella nuestras bocas.
Que no haya “discursos” sino actos perfectos.
Yo sé !aunque no lo digas), que somos predilectos. . .
¡Huracanea un riesgo que hasta tus plantas grita!
¡El amor será inmenso! ¿No basta odiarse tanto?
Sobre las playas tórridas tu ola azul se agita
borrando signos turbios y acantilando un canto.

“HERMANO SOL”, NUESTRO PADRE SAN FRANCISCO

Hermano sol, cuando te plazca, vamos
a colocar la tarde donde quieras.
Tiene la milpa edad para que hicieras
con puñados de luz sonoros tramos.
Si en la última piedra nos sentamos
verás cómo caminan las hileras
y las hormigas de tu luz raseras
moverán prodigiosos miligramos.
Se fue haciendo la tarde con las flores
silvestres. Y unos cuantos resplandores
sacaron de la luz el tiempo oscuro
que acomodó el silencio; con las manos
encendimos la estrella y como hermanos
caminamos detrás de un hondo muro.

HORAS DE JUNIO

I

Vuelvo a ti, soledad, agua vacía,
agua de mis imágenes, tan muerta,
nube de mis palabras, tan desierta,
noche de la indecible poesía.
Por ti la misma sangre -tuya y mía-
corre al alma de nadie siempre abierta.
Por ti la angustia es sombra de la puerta
que no se abre de noche ni de día.
Sigo la infancia en tu prisión, y el juego

que alterna muertes y resurrecciones
de una imagen a otra vive ciego.
Claman el viento, el sol y el mar del viaje.
Yo devoro mis propios corazones
y juego con los ojos del paisaje.

II

Junio me dio la voz, la silenciosa
música de callar un sentimiento.
Junio se lleva ahora como el viento
la esperanza más dulce y espaciosa.
Yo saqué de mi voz la limpia rosa,
única rosa eterna del momento.
No la tomó el amor, la llevó el viento
y el alma inútilmente fue gozosa.
El año de morir todos los días
los frutos de mi voz dijeron tanto
y tan calladamente, que unos días
vivieron a la sombra de aquel canto.
(Aquí la voz se quiebra y el espanto
de tanta soledad llena los días.)

III

Hoy hace un año, Junio, que nos viste,
desconocidos, juntos, un instante.
Llévame a ese momento de diamante
que tú en un año has vuelto perla triste.
Alzame hasta la nube que ya existe,
líbrame de las nubes, adelante.
Haz que la nube sea el buen instante
que hay cumple un año, Junio, que me diste.
Yo pasaré la noche junto al cielo
para escoger la nube, la primera
nube que salga del sueño, del cielo,
del mar, del pensamiento, de la hora,
de la única hora que me espera.
¡Nube de mis palabras, protectora!

PAISAJE

Vuelvo a encender la luna de tu amor
sobre mis labios trágicos,
y sembraré en las noches sutiles de tu ausencia
el trigo de mi canto
al ritmo del recuerdo de tus manos.
¡La luna de tu amor y el viento joven
de tus pasos!

Tu soledad gigantesca
como la plenitud de tus campos.
Tu ternura salobre
como juegos de ola vespertina.
Tu letra desgarrada
por el vendaval de la distancia.
Nuestras palabras
como plantas
atlánticas que el pañuelo del aire
abandonó en todas las playas.
Y el tiempo de los dulces tiempos
cenital en el alma.
Y los nombres de los bellos días
nunca jamás escritos,
suaves nombres como de aves
nacidas en los árboles de nuestros nombres mismos.
Viaje profundo de tu amor
y estrella trasatlántica;
foresta submarina de la evocación
ceñida de palabras mágicas.
Sobre los dromedarios de los meses
viaja el minuto electrizado
que un día sobre parábolas de fuegos invisibles
recorrerá los ámbitos de un cielo suspirado.
La soledad está pensando
junto a la ventana.
Desprende largos bólicos un repentino encanto
y el corazón al borde de esa pausa fantástica,
quema en sus fuegos de feria
las realidades absurdas de mi alma.

QUE SE CIERRE ESA PUERTA

Que se cierre esa puerta
que no me deja estar a solas con tus besos.
Que se cierre esa puerta
por donde campos, sol y rosas quieren vernos.
Esa puerta por donde
la cal azul de los pilares entra
a mirar como niños maliciosos
la timidez de nuestras dos caricias
que no se dan porque la puerta, abierta. . .
Por razones serenas
pasamos largo tiempo a puerta abierta.
Y arriesgado es besarse
y oprimirse las manos, ni siquiera
mirarse demasiado, ni siquiera
callar en buena lid. . .
Pero en la noche
la puerta se echa encima de sí misma
y se cierra tan ciega y claramente,

que nos sentimos ya, tú y yo, en campo abierto
escogiendo caricias como joyas
ocultas en las noches con jardines
puestos en las rodillas de los montes,
pero solos, tú y yo.

La mórbida penumbra
enlaza nuestros cuerpos y saquea
mi ternura tesoro,
la fuerza de mis brazos que te agobian
tan dulcemente, el gran beso insaciable
que se bebe a sí mismo
y en su espacio redime
lo pequeño de ilímites distancias. . .

Dichosa puerta que nos acompaña
cerrada, en nuestra dicha. Tu obstrucción
es la liberación destas dos cárceles;
la escapatoria de las dos pisadas
idénticas que saltan a la nube
de la que se regresa en la mañana.

DESEOS

Trópico, ¿para qué me diste
las manos llenas de color?
Todo lo que yo toque
se llenará de sol.
En las tardes sutiles de otras tierras
pasaré con mis ruidos de vidrio tornasol.
Déjame un solo instante
dejar de ser grito y color.
Déjame un solo instante
cambiar de clima el corazón,
beber la penumbra de una cosa desierta,
inclinarme en silencio sobre un remoto balcón,
ahondarme en el manto de pliegues finos,
dispersarme en la orilla de una suave devoción,
acariciar dulcemente las cabelleras lacias
y escribir con un lápiz muy fino mi meditación.
¡Oh, dejar de ser un solo instante
el Ayudante de Campo del sol!
¡Trópico, para qué me diste
las manos llenas de color!

GRUPOS DE PALOMAS

1

Los grupos de palomas,
notas, claves, silencios, alteraciones,
modifican el ritmo de la loma.

La que se sabe tornasol afina
las ruedas luminosas de su cuello
con mirar hacia atrás a su vecina.

Le da al sol la mirada
y escurre en una sola pincelada
plan de vuelos a nubes campesinas.

2

La gris es una joven extranjera
cuyas ropas de viaje
dan aire de sorpresas al paisaje.

3

Hay una casi negra
que bebe astillas de agua en una piedra.

Después se pule el pico,
mira sus uñas, ve las de las otras,
abre un ala y la cierra, tira un brinco
y se para deba jo de las rosas.

El fotógrafo dice:
para el jueves, señora.
Un palomo amontona sus erres cabeceadas,
y ella busca alfileres
en el suelo que brilla por nada.

Los grupos de palomas
-notas, claves, silencios, alteraciones-
modifican lugares de la loma.

4

La inevitablemente blanca
sabe su perfección. Bebe en la fuente
y se bebe a sí misma y se adelgaza
cual un poco de brisa en una lente
que recoge el paisaje.

Es una simpleza
cerca del agua. Inclina la cabeza
con tal dulzura,
que la escritura desfallece
en una serie de sílabas maduras.

5

6

Corre un automóvil y las palomas vuelan.
En la aritmética del vuelo,
los ochos árabes desdóblanse
y la suma es impar. Se mueve el cielo
y la casa se vuelve redonda.
Un viraje profundo. Regresan las palomas.
Notas. Claves. Silencios. Alteraciones.
El lápiz se descubre, se inclinan las lomas,
y por 20 centavos se cantan las canciones.

POEMA ELEMENTAL

El aire es transparente
cual el silencio en una lectura prodigiosa.
Y funde la cera voluptuosa
del mediodía
y es una rosa
de caminos estelares,
un fruto diáfano, una sombra divina
que acerca espíritus y mares,
pájaros y naranjas,
nube más piedras tórridas y palabras marinas.
El aire es traslúcido
como el saludo de los amantes
en los grupos cordiales.
Alía en arcos invisibles
la palabra olvidada, las augustas señales
y las manos de la danza fúnebre
que antes saludaron a la primavera.
El aire me persuade de tu ausencia, ¡oh amor!
Aire, fino-aire, largo-aire-lira, aire-cera.

ELEGIA

Caballero Aguila,
tráeme en el ojo una estrella.
Pero líbrala de las puestas de sol.
¡Muy alta es mi tristeza!
Caballero tigre,
tráeme unas ramas de roble.
Pero que estén huracanadas.
La vida,
feroz mi tristeza recorre.
Como en el reinado de Motecuhzoma,
vendrán hombres blancos,
y será por el Norte.
A cacerías de estrellas
me han invitado los dioses
y a casi todas he ido,
pero con otro nombre. . .
¡Qué sueños han sido esos sueños

sangrientos y nobles!
Desde sus platerías,
cintilador y formidable,
el Popocatepetl ha encendido su lámpara.
¡Y se siente una angustia y un aire
tan duro en el valle de Anáhuac!
Con sus fonógrafos y sus manos ladronas,
su religión modesta y sus catálogos,
y organizados por una dentista
vendrán los bárbaros.
Yo no sé, pero hay algo en la tarde,
que marchita mis ramos de roble y mis fuentes de nardo.
Hay un ruido insolente que enfría
mi dulce cantar mexicano.
Caballero águila, voy de cacería.
Caballero tigre, voy de cacería, sueños he tenido.
Toda la tristeza del pueblo es la mía.
La sangre enarbola sus señas y escucha sus cálidos ruidos.

CEDRO Y CAOBA

Cedro y caoba,
la tarde baja
de garza en garza
y ahonda al río,
ligeramente,
lo que se canta.

Cedro y caoba
viven pareja del paraíso
cuya manzana mi sangre moja.

Al pie del cedro,
húmedo aroma.
Por su paloma
torcaz y cielo, subió una rama
sonoramente dodecaedro.

Franjas tardías
quemán el cielo de una caoba.
Aire jilguero, y entre sus brazos,
la tarde toma.

¡Ay tarde sola
que te desgajas
cedro y caoba!
Sin que se quiera,
vuela una garza
con tal belleza,
que tal semeja que así volara
por vez primera

Restira el cielo
mantas azules
para la garza que sigue el vuelo.

Tanto su tiempo la tarde extiende,
que en dos azules
uno despide y el otro vuelve.

Azul en sombra
lucero tiene.

Azul en luces
sus luces vence.

Hora del mundo
que el alma toma
en soledades
cedro y caoba.

Cedro y caoba,
¡pareja sola!

En mi garganta,
collar recuerdos
junta sus perlas para cerrarla.

(Si hay una queja
no hay una lágrima.

La tarde cae
ya entre un reguero
de estrellas-tardes.

De alguna herida
se oye la sangre.

Tengo las manos sobre mi pecho.
Cruza una garza,
y el viento sale.

¿Salió de un cedro?
¿De una caoba?

Viento que rozas
¿Por qué rosales llenos de espinas
pasaste ahora?
No aspirarte sería
talar el bosque-cedro y caoba.

Tálamo sólo,
-caoba y cedro-.

Un rumor de silencio
brota del pecho.

Y un olor de caobas
bajo los cedros abre noches fluviales
habitadas de luces y de luceros.

NOCTURNO

No tengo tiempo de mirar las cosas
como yo lo deseo.
Se me escurren sobre la mirada
y todo lo que veo
son esquinas profundas rotuladas con radio
donde leo la ciudad para no perder tiempo.
Esta obligada prisa que inexorablemente
quiere entregarme el mundo con un dato pequeño.
¡Este mirar urgente y esta voz por cada sueño!
para un joven que sabe morir por cada sueño!
No tengo tiempo de mirar las cosas,
casi las adivino.
Una sabiduría ingénita y celosa
me da miradas previas y repentinos trinos.
Vivo en doradas márgenes; ignoro el central gozo
de las cosas. Desdoblo siglos de oro en mi ser.
Y acelerando rachas -quilla o ala de oro-,
repongo el dulce tiempo que nunca he de tener.

A FRIDA KAHLO

Si en tu vientre acampó la prodigiosa
rosa de los colores, si tus senos
alimentan la tierra con morenos
víveres de espesura luminosa;
si de tu anchura maternal la rosa
nocturna de los actos nochebuenos
sacó tu propia imagen con serenos
desastres en tu cara populosa;
si tus hijos nacieron con edades
que nadie puede abastecer de horas
porque hablan soledad de eternidades,
siempre estarás sobre la tierra viva,
siempre serás motín lleno de auroras,
la heroica flor de auroras sucesivas.

TEMPESTAD Y CALMA EN HONOR DE MORELOS

1o.

Imaginad
una espada
en medio de un jardín.

Eso es Morelos

Imaginad:
una pedrada
sobre la alfombra de una triste fiesta.

Eso es Morelos

Imaginad
una llamarada
en almacén logrado por avaricia y robo.

Eso es Morelos

Ya tengo las imágenes pero no las palabras.
Pero hay aceros, y piedras, y llamas.
Porque nada hay más hondamente hermoso
para el humano oído, que la palabra.

Si las palabras vinieran para decir: Morelos,
vendrían ocultas en esos nubarrones de piedra
que a unos cuantos kilómetros nos miran:
La tempestad de rocas de Tepoztlán, vecina
el huracán de piedra de Tepoztlán que avanza,
esas gargantas que vociferan árboles,
esos peldaños a pájaros y lluvias
cuando pasa la noche de resonantes piedras
y el sol sacude el sueño de la luz, allá arriba.

Aún hay aceros. Y piedras. Y llamas.
Esta es la hora de las palabras
terriblemente cristianas.
Las que hieren, las que arden, las que aplastan.
¡Ah! ¡Si yo pudiera arrojar mi corazón
Y provocar una grieta en la montaña!
¡Hablar en piedra y escribir en llamas!
La espada silenciosa que abrió el cerrado pecho:
ni un corazón que surja: todo estaba desierto.
La zumbadora piedra que el cuerpo ha derrumbado:
era sólo una cáscara y polvo dentro de ella.
El siempre alegre fuego que a la ciudad ardió
halló sólo papeles, y el humo, no duró. . .
Estas son las palabras terriblemente buenas,
palabras vivas, hechas de llamas sobre las piedras.

Grité ¡Morelos! hace quince años desde las rocas de Tepoztlán.
¡Olor a Cuautla! Y entre palmeras hechas laureles
salté al abismo del heroísmo grité ¡Morelos!
Y vi la tierra abajo desde el verde al azul.
Y unas botas sin ruido lo estremecieron todo
y sudaba una frente su pañuelo de luz.
Grité ¡Morelos!, hace quince años en Acapulco.
Y clamoroso mar me atropelló.
Una raya de verde movida en cuatro azules
espiral rumor blanco dentro della enrolló.
Y un trueno hizo caer el roble de los vientos.
Y oí en mí mismo cuando mi pecho gritó ¡Morelos!
Y a un alto en mis arterias fue mi sangre a parar.
Bajar del monte, querer el mar.

Vivir con pocas palabras;
pero en cada palabra tener una tempestad.
Ah, si yo pudiera haberlas dicho,
acero, piedra, llama.
Gritar Morelos y sentir la flama.
Gritar Morelos y lanzar la piedra.
Gritar Morelos y escalofriar la espada.
Tú fuiste una espada de Cristo,
que alguna vez, tal vez, tocó el demonio.
Gloria a ti por la tierra repartida.
Perdón a tu crueldad de mármol negro.
Gloria a ti porque hablaste tu voz diciendo América.
Perdón a tu flaqueza en el martirio.
Gloria a ti al igualar indios, negros y blancos.
Gloria a ti, mexicano y hombre continental.
Gloria a ti que empobreciste a los ricos
y te hiciste comer de los humildes,
procurador de Cristo en el Magnificat.
Gritar ¡Morelos!
es escuchar la Gloria y sentir el perdón.

YO NACI JOVEN

Esto lo saben los árboles más viejos
y las nubes que empiezan a formarse.
Sigue lloviendo,
pero la tierra está tranquila
y el viento se ha refugiado
en las alas de un pájaro serpiente.
Por mi ventana veo tanto cielo
que mis ojos se van y a veces no regresan.
Yo veo y oigo y huelo y toco y paladeo.
Y esto me ocurre como al agua natural
que nadie ve.
Estoy perdiéndome sin horizonte,
y cuando me tropiezo con el tiempo,
creo que la muerte tiene tanta vida
como yo en ese instante.

Bibliografía

- Pellicer, Carlos. Material poético. UNAM. México, 1964.
 - —. Colores en el mar. México, 1924.
 - —. Piedra de sacrificios. México, 1924.
 - —. Hora y 20.
 - —. Camino. México, 1929.
 - —. Hora de junio. México, 1937.
 - —. Exágonos.
 - —. Recinto. México, 1941.
 - —. Subordinaciones. 1948.
 - —. Práctica de vuelo. México, 1956.
 - —. Con palabras y fuego. México, 1962.
 - —. Antología poético. Fondo de Cultura Económica. Mé- xico, 1969.
- Alvarado, José. “El nombre de las cosas” en Antología poética. Fondo de Cultura Económica. México, 1969.
- Blanco, Félix. Poetas mexicanos. Editorial Diana. México, 1967.
- Fernández, Guillermo. Material de lectura. UNAM. México, 1977. —. “Todo será posible, menos llamarse Carlos” en Antología poética. Fondo de Cultura Económica. México, 1969.
- Labastida, Jaime. El amor, el sueño y la muerte en la poesía mexicana. Instituto Politécnico Nacional. México, 1969.
- Monsiváis, Carlos. La poesía mexicana del siglo XX. Empresas Editoriales, S. A. México, 1966.
- Montes de Oca, Francisco. Ocho siglos de poesía. Editorial Porrúa. México, 1965.
- Paz, Chumacero, Pacheco, Aridjis. Poesía en movimiento. Siglo XXI. México, 1966.
- Xirau, Ramón. Poesía iberoamericana contemporánea. SEP UNAM. México, 1982.
- Zaid, Gabriel. “Casa a la alegría” en Antología poética. Fonda de Cultura Económica. México, 1969.